

ÉTICA Y ECONOMÍA: LA PERSPECTIVA DE AMARTYA SEN

Jorge Arturo Chaves

El divorcio entre ética y economía tiene lamentables consecuencias en nuestra sociedad contemporánea. El Nobel de Economía Amartya Sen constata el hecho y analiza las raíces del problema en la propia estructura y práctica de la disciplina económica. El presente artículo sintetiza las ideas que al respecto ha elaborado Sen por tres décadas. Se exponen los argumentos de este autor donde se entrelazan el razonamiento económico, el filosófico y el histórico-crítico, ofreciendo una síntesis de esta contribución de Sen a una discusión más amplia, de la que depende parcialmente la construcción de formas de convivencia más justas y equitativas.

Divorcios y asimetrías en la relación entre economía y ética

El punto de partida de Amartya Sen, al tratar de la relación entre ética y economía, es el reconocimiento de un divorcio, una brecha, una asimetría en la relación entre ambas. Con esta constatación inicia su pequeña y densa obra sobre el tema¹. Será, se pregunta, ironizando en torno a un verso de John Stuart Mill, que los sentimientos morales no tienen por qué estropear el funcionamiento de los modelos económicos. Este divorcio es un problema que se encuentra tanto a nivel de la opinión y práctica generalizada de economistas, políticos y del ciudadano común, como también en el plano de la reflexión académica más elaborada. En el plano de lo cotidiano, –nos dirá con un toque de humor–, nos topamos con muchas personas que consideran tan nocivo mezclar ética y economía como lo piensan de la combinación de conducir un auto y consumir licor al mismo tiempo². Pero, el problema es más profundo

¹ Cf. Amartya SEN, *Sobre ética y economía*, Madrid, Alianza Universidad 1989. El original inglés es de 1987, *On Ethics and Economics*, Oxford and Cambridge, Blackwell.

² Cf. Amartya SEN, «What difference can Ethics make?» en *International Meeting on Ethics and Development*, IADB, December 2000.

de lo que puede representar el habitual prejuicio. Examinando la práctica de la disciplina económica³, Sen observa lo que él llama una *interesante asimetría* entre la manera como el análisis estándar en economía trata los principios que determinan el comportamiento económico, particularmente en el campo de la empresa, y la forma como lo hace con los *sentimientos morales*. En el primer caso, es decir, en cuanto a los principios de funcionamiento de la empresa, su presentación es muy *rudimentaria*, al reducirse esencialmente al principio de la maximización de la ganancia, al cual, sin embargo, se le concede una *amplia cobertura* que alcanza, de hecho, a todas las transacciones económicas. Por contraste, los *sentimientos morales* son presentados de manera *compleja*, al verlos relacionados con las apreciaciones de muy diversos sistemas éticos, y, sin embargo, con un *alcance muy estrecho* en el campo de la economía, al punto de que, a menudo, no se les atribuye ningún impacto real en el comportamiento económico.

Esta práctica disciplinaria, aunque realizada en parte, quizás, de manera inconsciente, encuentra, sin embargo, más de una elaboración teórica entre economistas del siglo XX, que tratan de legitimar el divorcio y la asimetría. Sen piensa, por ejemplo, en Lionel Robbins, quien con una postura poco habitual en relación a la tradición clásica, en la década de 1930 sostendrá que ética y economía sólo pueden relacionarse por yuxtaposición.

Pero es la propia estructura y elaboración de la disciplina, la que se establece sobre principios, procedimientos y metas que excluyen la vinculación entre ambos campos. Si uno preguntara –reflexiona Sen– si los códigos morales de conducta tienen algo que ofrecer para alcanzar el éxito económico, la respuesta que se podría obtener de mucha de la economía moderna, y que ésta da por supuesta, es un categórico «no». La razón está contenida en una manera particular de entender el comportamiento humano. En lo que al ámbito económico se refiere, los economistas lo han comprendido en estrecho y exclusivo nexo con la motivación del propio interés y en términos de realización de preferencias. Estos supuestos constituyen el sustrato del «método económico» que, por lo demás, diversos economistas han intentado imponer a las demás ciencias sociales. Aquí nada tienen que hacer los valores morales⁴.

Este distanciamiento entre ética y economía, lejos de ser visto como un logro en un proceso de especialización de las ciencias, es identificado por Sen, sin titubeos, como *un problema* que afecta tanto a la economía como a la ética. En cuanto a la propia economía, no le cabe la menor duda de que la naturaleza de la economía moderna se ha visto empobrecida sustancialmente

³ Cf. Amartya SEN (1997), «Economics, Business Principles and Moral Sentiments», en *BEQ* 7, n. 3. (1997) 5 - 15.

⁴ Cf. Amartya SEN, *Moral Codes and Economic Success*, en Samuel BRITAIN & Alan HAMLIN (eds.), *Market Capitalism and Moral Values: Proceedings of Section F (Economics) of the British Association for the Advancement of Science, Keele 1993*, Hand y Brookfield, Aldershot, 1995, p. 23.

por el distanciamiento que existe entre la economía y la ética⁵. Aún más, el abandono del análisis de los sentimientos morales en relación al comportamiento, estrechamente ligado con el distanciamiento entre ética y economía es, para el autor, una de las mayores deficiencias de la teoría económica contemporánea. En fin, enunciándola de manera afirmativa, al concluir su célebre obra de 1989 sobre el tema, Sen resume su preocupación diciendo que «la economía del bienestar se puede enriquecer sustancialmente prestando más atención a la ética, y que el estudio de la ética puede también beneficiarse de un contacto más íntimo con la economía. Asimismo, ha mantenido que también se puede ayudar a la economía predictiva y descriptiva dando cabida a consideraciones de la economía del bienestar en la determinación del comportamiento»⁶.

En cuanto a los efectos negativos de la concepción de la economía como una disciplina positiva, considera que esa manera de ver las cosas ha conllevado una pérdida de riqueza en el análisis de la diversidad de las motivaciones humanas⁷. Esto explica el punto de abordaje que utilizará Sen al examinar la importancia de la ética para el análisis económico, como lo vamos a sintetizar en estas páginas. Conforme a ese enfoque, nos encontramos, según el pensamiento del eminente nobel indio, ante el desafío de mostrar cómo influye la ética a los agentes primarios del desarrollo, poniendo en evidencia las razones por las que individuos e instituciones deberían prestar atención seria a la demanda de la ética. Este es un desafío que Sen continúa enfrentando aún tras varias décadas de haber colocado su estudio en el ámbito de discusión de la corriente principal de la economía.

Es oportuno recordar que esta posición, señalada por Sen y que tiene sus raíces en determinada manera de comprender el ámbito de las motivaciones de la conducta humana, es fortalecida por una concepción que, de manera categórica, estableció o desarrolló la distinción entre *ciencias positivas* y *disciplinas normativas*, colocando dentro de las primeras, de manera incontaminada a toda la teoría económica. Se trata de una muy prolongada polémica que, en el campo económico tiene ya más de siglo y medio y en la que han participado desde Senior y J. S. Mill, hasta Myrdal y Friedman, pasando por Walras, Pareto y otros autores. No se puede pretender aquí ni siquiera un resumen del debate⁸, pero es necesario apuntar algunos de sus aspectos prin-

⁵ Cf. Amartya SEN, *Sobre ética y economía*, p. 25.

⁶ Id., pp. 104-105.

⁷ «Es discutible que la importancia del enfoque ético se haya debilitado sustancialmente a medida que la economía ha evolucionado. La metodología de la llamada 'economía positiva' no solamente ha huido del análisis normativo, sino que también ha ignorado una diversidad de complejas consideraciones éticas que afectan al comportamiento humano real y que, desde el punto de vista de los economistas que estudian dicho comportamiento, son, fundamentalmente, hechos más que juicios normativos». Id., p. 25.

⁸ «La distinción entre Economía Positiva y Economía Normativa, entre la Economía 'científica' y los consejos prácticos sobre cuestiones de política económica, cumple ahora ciento cincuenta años, pues podemos retrotraerla a los escritos de Nassau Senior y John Stuart Mill. En

cipales, porque permiten encuadrar de forma más completa el tema de la relación de la ética con la economía. Interesa al respecto recordar brevemente el enfoque positivista económico de corte friedmaniano.

Restricciones de una visión positivista

Son ilustrativas, con esta intención, algunas de las principales afirmaciones del célebre ensayo de Milton Friedman publicado en 1953⁹. En este escrito que nos aporta «el más claro enunciado de la posición positivista», a juicio de Buchanan¹⁰, el autor remite a John Neville Keynes para establecer la distinción entre una ciencia *positiva*, que entiende como un conocimiento sistematizado acerca de *lo que es*, y una ciencia *normativa* o *regulativa*, que es un conocimiento sistematizado de *lo que debiera ser*. Friedman recalca, en la línea de esta distinción, que la economía positiva es, en principio, independiente de toda posición ética o juicio normativo particular. Por lo mismo, puede ser una ciencia «objetiva» en el mismo sentido que cualquiera de las ciencias físicas, aunque, por tratar de interrelaciones entre los seres humanos, plantee dificultades especiales para el logro de la objetividad. Aún sin profundizar los argumentos que apuntan a respaldar el perfil de la economía como ciencia positiva, queda claro que el ámbito propio de ésta, en el argumento friedmaniano traza una clara distancia de la ética.

Las afirmaciones de Friedman nos colocan ante dos afirmaciones categóricas interrelacionadas, una sobre la *objetividad* de la ciencia y la otra sobre el nexo de esa objetividad con *hipótesis que permitan predictividad*. La primera está naturalmente contenida en el concepto de *ciencia positiva* como la ciencia que nos habla de *lo que es*. La segunda constituye el contenido principal de su ensayo y es un tema que aborda desde diversos ángulos y considerando una variedad de aspectos, aunque es menos pertinente para el propósito del presente estudio¹¹.

algun momento situado en la segunda mitad del siglo XIX, esta distinción quedó unida, y prácticamente identificada, con la distinción utilizada por los filósofos positivistas entre el 'ser' y el 'deber ser', entre hechos y valores, entre las proposiciones declarativas y supuestamente objetivas acerca del mundo y las evaluaciones prescriptivas respecto de sus diversos estados.» M. BLAUG, *La metodología de la economía o cómo explican los economistas*, Madrid, Alianza, 1985, p. 150.

⁹ Publicado en español como *La metodología de la economía positiva*, en F. HAHN y M. HOLLIS (comps.) *Filosofía y teoría económica*, México, FCE, 1986.

¹⁰ Cf. James M. BUCHANAN, *Economics. Between Predictive Science and Moral Philosophy*, College Station, Texas A & M University Press, 1987, p. 3.

¹¹ De manera resumida, lo que viene a decirnos es que la «meta final de una ciencia positiva es el desarrollo de una 'teoría' o 'hipótesis' que genere pronósticos válidos y significativos (es decir, no perogrulladas) acerca de fenómenos no observados todavía» (M. FRIEDMAN, op. cit., p. 47). Y es este poder de pronóstico —estrictamente en el campo de fenómenos que trata de explicar— el que debe utilizarse como punto de referencia para juzgar su valor. Ese juicio, sin embargo, a partir de la confrontación con los datos empíricos, indicará si la teoría puede aceptarse o rechazarse, si puede gozar de gran confianza o no, pero nunca podrá pasarse de ahí a decir que los datos empíricos «prueben» la teoría. Lo que se quiere decir entonces

Con respecto a la *objetividad* de la ciencia, sabemos que hoy día ya no puede interpretarse ésta desde la perspectiva empirista inaugurada por Hume y menos aún por las corrientes de *empirismo ingenuo*. Se puede decir que en la actualidad, a partir de los grandes epistemólogos contemporáneos, de Kant y tras la revolución einsteniana, ningún físico acepta ya la concepción de la ciencia empirista. Sabemos que no conocemos los *objetos* mismos, sino los fenómenos que construimos¹². Pero a pesar de los serios cuestionamientos planteados a premisas ligadas al concepto de ciencia positiva, ésta parece seguir marcando el desarrollo de la economía contemporánea. Quizás esto se deba en buena parte a «lo mucho que la física premoderna y, concretamente las ideas mecanicistas, han influido en la corriente principal de la economía»¹³. Las deficiencias del mecanicismo clásico, de la filosofía cartesiana y de los principios newtonianos han marcado la comprensión del comportamiento de los agentes económicos. «No se presupone aquí que la utilización del pensamiento mecanicista haya carecido por completo de valor. No obstante (...) existen serias limitaciones. En suma, la metáfora mecanicista excluye el conocimiento, la elección, la finalidad y un cambio cualitativo más complejo e irreversible»¹⁴. Además, el «contrabando de ideas» entre la economía y otras ciencias, añade Hodgson, ha sido más extenso de lo que se cree. Sería el caso también, por ejemplo, de los impulsores de la revolución marginalista en la década de 1870, que basaban sus exposiciones formales en el campo teórico del valor derivado de la rama de la física del siglo XIX denominada «energética», actualmente obsoleta.

Valgan estas referencias para dejar planteada una primera serie de cuestionamientos a una concepción de la economía como ciencia positiva que ha funcionado como un serio obstáculo para comprender mejor la relación que tiene con la ética. Sin embargo, una segunda serie surge desde otro ángulo, el

cuando se habla de «confirmación por la experiencia» es que ésta no la ha refutado. Siendo ésta la caracterización de la ciencia positiva, no debe extrañar que tenga «supuestos» que sean descripciones muy inexactas de la realidad. Es más «cuanto más significativa sea una teoría, serán menos realistas los supuestos (en este sentido) (...). Para ser importante, por lo tanto, una hipótesis deberá ser descriptivamente falsa en sus supuestos; no toma en cuenta ninguna de las numerosas circunstancias contingentes porque su éxito mismo revela que carecen de pertinencia para los fenómenos que trata de explicar». (Id., pp. 58 - 59). Desde esa perspectiva se puede comprender que las hipótesis sean utilizadas por el economista, como buen científico positivista, para mostrar que se da un comportamiento «como si» pasaran ciertos supuestos. Lo cual no quiere decir que realmente pasen. Eso no interesa. Lo que importa es que la teoría funcione, es decir, que produzca *pronósticos* suficientemente correctos. Como tampoco importa si la observación de los fenómenos correspondientes no muestra determinadas consecuencias lógicas, con tal de que esas consecuencias no formen parte de la clase de fenómenos que la teoría se propone explicar (Id., pp. 66 - 67). Lo curioso es que con este concepto de ciencia positiva se rechaza toda relación con la ética ¡porque ésta no se refiere a «lo que es»!

¹² Ver a este respecto Claude MOUCHOT, *Méthodologie Économique*, Paris, Hachette, 1996, p. 22.

¹³ Geoffrey M. HODGSON, *Economía y Evolución. Revitalizando la Economía*, Madrid, Celeste ediciones, 1995, p. 48.

¹⁴ Id., p. 50.

de la discusión sobre la presencia de juicios de valor al interior del proceso de reflexión científica.

Las valoraciones en el método científico

Si se acepta la distinción clara y tajante entre la *ciencia positiva* y la *normativa*, no tiene por qué extrañar si se defiende con igual fuerza la pretensión de realizar reflexiones científicas libres por completo de apreciaciones valorativas. La valoración, se comprende de inmediato, puede distorsionar la apreciación *objetiva*, aun cuando no entendamos por *objetividad* lo que pretendía la visión empirista ingenua. Es decir, incluso si aceptamos que nuestro conocimiento se refiere a las construcciones de los fenómenos que fabricamos y no a la realidad de los objetos físicos como tales, todavía podríamos pensar que el propósito de esta construcción –la descripción y la explicación, y no la valoración– exigiría un proceso muy diferente al que es apropiado para valorar una situación dada. Los juicios éticos serían de este segundo tipo y no convendría que interfirieran en el primero.

Aquí también se ha desarrollado una significativa reflexión en el campo de la metodología económica¹⁵, de la que nos interesa recoger algunos puntos más relevantes por su conexión con el tema del presente trabajo. Entre los economistas que más han destacado por sus críticas desde este ángulo a la práctica de la economía contemporánea se encuentran el premio nobel sueco Gunnar Myrdal y el profesor Robert Heilbroner¹⁶. Nos limitaremos aquí a plantear el problema a partir de los aportes de Myrdal y de algunas reacciones críticas al mismo¹⁷.

El estudio, desde la historia de las ideas, del alcance de la teoría económica vigente le permite a Myrdal comprender mejor que la mayoría de doctrinas económicas modernas son «como reminiscencias modificadas de un pensamiento político muy antiguo, concebido en los días en que de la materia objeto de la economía formaban parte, de una manera más abierta, un significado teleológico y un propósito normativo»¹⁸. Con esta perspectiva logra identificar en su análisis los tres focos principales en los cuales considera que se encuentra cristalizado todo un pensamiento político al interior de las teorías económicas heredadas de la tradición clásica y neoclásica: la idea del valor, la idea de la libertad y la de la economía social o colectiva, a las que ve en íntima conexión lógica. Para este economista sueco, existe un enorme peli-

¹⁵ Cf. M. BLAUG, op. cit., se refiere al tema con detalle y un aporte crítico interesante.

¹⁶ Ver Ib. respecto a Heilbroner

¹⁷ Las ideas que aquí resumimos se encuentran ampliadas en Jorge Arturo CHAVES, *De la Utopía a la política económica. Para una ética de las políticas económicas*, Salamanca, San Esteban, 1999, pp. 187 - 194. Ver allí también las referencias a las obras de G. Myrdal.

¹⁸ Gunnar MYRDAL, *El elemento político en el desarrollo de la teoría económica*, Madrid, Gredos, 1967, p. 12.

gro cuando se ignoran deliberadamente estos contenidos políticos, valorativos, de la teoría económica y sobre todo, si se intenta disfrazarlos con ropaje estrictamente científico. Esta falsa pretensión de objetivismo, dice, es dañina a la larga, para la política efectiva que se desea apoyar y puede ser un arma eficaz de propaganda¹⁹.

Aún más, de una manera sutil que probablemente pasa inadvertida a muchos economistas, mediante su proclamación de una práctica económica determinada como satisfactoria, –sólo por el hecho de cumplir con determinados postulados de racionalidad, producidos dentro de la misma disciplina y pretendidamente libres de valores–, la disciplina económica se está apropiando de una función propia de la ética y de la moral, está dando lugar a un verdadero *secuestro de la ética* y, al mismo tiempo, a una contradicción con su pretendido intento de mantenerse fuera del campo de lo normativo. No hay que ignorar, sino reconocer que las acciones humanas no están motivadas únicamente por intereses económicos, sino orientadas por objetivos sociales, conforme a patrones morales distintos. Con esta reflexión, cercana a la que luego veremos en Sen, deja abierta la puerta para una teoría económica que, lejos de encerrarse en la independencia de una *ciencia pura*, se integra en una perspectiva de trabajo interdisciplinario más coherente con la realidad *impura* de las cosas. En esta línea G. Myrdal defenderá como paso metodológico indispensable para la economía el declarar en vez de negar los juicios de valor al empezar toda investigación²⁰.

Otros autores han matizado una posición como la de Myrdal para evitar una relativización total de los resultados de la investigación económica, así como para mantener la distinción entre proposiciones fácticas, descriptivas, relativas a *lo que es*, por contraposición a las que se refieren a *lo que debe ser*. Mark Blaug reconoce que un empirismo a ultranza es estadísticamente inaceptable y no niega que incluso las proposiciones que se consideran verdaderas lo son porque los investigadores de ese campo se han puesto de acuerdo para acatar ciertas reglas «científicas»²¹. De allí que, en el fondo, «no existe proposición empírica, descriptiva, que sea considerada cierta, que no se base

¹⁹ Cf. Id. pp. 13-14.

²⁰ Cf. Gunnar MYRDAL, *Value in Social Theory. A selection of Essays on methodology by Gunnar Myrdal*, edited by Paul Streeten, London, Routledge and Kegan, 1968.

²¹ Es pertinente aquí la referencia a la concepción de T. S. Kuhn, quien concede una gran importancia a las actitudes y creencias de los propios científicos en la evolución incluso de las ciencias físicas. Para este autor una disciplina requiere, para ser considerada propiamente científica, que todos los que la practican tengan una misma concepción, se planteen los problemas, dentro de esa perspectiva, y procedan de manera similar en la búsqueda de respuestas. Lo que él llama la «ciencia normal» es una práctica de investigación que se basa en realizaciones anteriores y que es reconocida por alguna comunidad científica como fundamento para su práctica posterior. Esto quiere decir que para que puedan establecerse hipótesis, métodos de aplicación de estas leyes e instrumentos adecuados, se requiere partir de una «creencia» o «presunción» de que esa comunidad científica sabe cómo es el mundo en su globalidad. Thomas S. KUHN, *La estructura de las revoluciones científicas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1971.

sobre un consenso social definido acerca de que “debemos” aceptar dicha proposición sobre lo-que-es»²². Esto no lo lleva, sin embargo, a renunciar a su creencia en la posibilidad de una ciencia social libre de juicios de valor, en la medida en que una tradición crítica actúe constantemente sobre los prejuicios de los científicos concretos²³.

Si bien la distinción ciencia positiva-ética, y la dicotomía hecho-valor, puede ser contemporáneamente en el campo filosófico tan sólo un reflejo de posiciones ingenuas²⁴, sigue siendo de especial atracción para muchos economistas, en especial, de la corriente principal. En contraste con ese telón de fondo puede apreciarse la relevancia del alegato de Sen en favor de un acercamiento entre la ética y la economía.

La raíz de la separación entre ética y economía en la tradición de la disciplina

Amartya Sen, sin embargo, no examina el divorcio entre ambas disciplinas desde un análisis crítico directo de la concepción de ciencia positiva como tal, aunque es consciente de las limitaciones de la misma. Por ejemplo, cuando les atribuye a estos enfoques filosóficos un impacto negativo sobre la economía²⁵. Tampoco desarrolla mucho la discusión sobre la medida en que la influencia de los juicios de valor puedan y deban mantenerse ajenos al desarrollo científico positivo. Hace referencia a ella y, en concreto, al aporte de Gunnar Myrdal al respecto, al abordar el tema de la «descripción como elección»²⁶. Sobre este punto volveremos más adelante. Opta, más bien, por examinar la misma tradición interna de la historia de nuestra disciplina para descubrir al interior de la misma concepciones teóricas que en su desarrollo impiden la articulación de los intereses económicos con los valores éticos.

²² Cf. M. BLAUG, op. cit., 152-153.

²³ Blaug interpreta en este sentido la doctrina del *Wertfreiheit* (libertad respecto de las valoraciones) de Max Weber y sin negar la presencia de los juicios políticos en la práctica de las ciencias sociales propone generar *discusiones de valores* que permitan someter éstos a un análisis racional, a contrastes en cuanto a las premisas, a un examen de su aplicabilidad en las circunstancias concretas y de las consecuencias fácticas de las diversas formas en que se materializan los juicios de valor.

²⁴ Cf. Hilary PUTNAM, *La objetividad y la distinción ciencia-ética*, en Martha C. NUSSBAUM y Amartya SEN (comps.), *La calidad de vida*, México, FCE, 1996, 193-210.

²⁵ «La visión especialmente limitada del ‘sentido’ defendida por los positivistas lógicos –suficientes para causar desórdenes en la misma filosofía– produjo un caos total en la economía del bienestar cuando se vio acompañada de algunas confusiones adicionales proporcionadas con liberalidad por los mismos economistas. Los filósofos positivistas pueden haberse equivocado al estimar que ninguna proposición ética tiene sentido, pero ni siquiera ellos han sugerido que todas las proposiciones que carecen de sentido son éticas». Amartya SEN, *Sobre ética y economía*, p. 49.

²⁶ Cf. Amartya SEN, «Description as Choice» en *Oxford Economic Papers* 32 (Nov. 1980) 352-369, publicado de nuevo en Amartya Kumar SEN, *Nueva Economía del Bienestar. Escritos seleccionados*, Valencia, Universitat de València, 1995, pp. 103-118. En adelante, citamos esta obra por la edición española.

En los orígenes de la economía Sen identifica una doble raíz²⁷: la que se interesa más por la ética, y la que se inclina por la técnica. Ambas relacionadas con la política como «arte principal» e incluso subordinadas a ésta. En la filosofía política existen dos temas centrales que tienen un carácter fundacional para la economía. «En primer lugar, nos encontramos con el problema de la motivación humana relacionada con la pregunta ética: ¿Cómo hay que vivir?»²⁸. Esto es lo que Sen llama la visión de la *motivación relacionada con la ética*. Se trata de una tradición que se puede remontar hasta Aristóteles y que surge porque, en la visión aristotélica, el objeto de la economía se relaciona con los fines de la vida humana, al ocuparse del tema de la riqueza. Esto hace que «el estudio de la economía, si bien relacionado de forma inmediata con la consecución de la riqueza, se encuentra vinculado, en un nivel más profundo, a otros estudios que suponen la valoración y el desarrollo de objetivos más básicos»²⁹. La riqueza no se busca por sí misma sino por su carácter instrumental, por su utilidad para lograr otros propósitos, de allí la conexión de la economía con la ética y la política. Lo que Sen denomina la «visión de la motivación relacionada con la ética» considera que las personas tienen una serie de preocupaciones que giran en torno a la pregunta fundamental «¿cómo hay que vivir?», y que las reflexiones que surgen a partir de allí pueden tener algunas consecuencias en el comportamiento humano real. Asociada con esta preocupación que es, en principio, propia del individuo, encontramos la dimensión colectiva de la pregunta, que se preocupa por la evaluación del logro social. De esta primera raíz de la economía, con su doble dimensión individual y social, surgen tareas que el autor considera irreductibles para la economía, por cuanto tienen que ver con una mejor comprensión del comportamiento humano real.

El otro enfoque de la economía, el *técnico o ingenieril*, se desarrolla en torno a temas logísticos, es decir, más preocupado por medios que por fines últimos y se ha construido sobre una visión simplificada del comportamiento de los seres humanos. «La segunda cuestión se refiere a la evaluación del logro social»³⁰. En la perspectiva de Aristóteles esto se relaciona con la finalidad de *realizar el bien para el hombre*, pero entendiendo por tal no sólo el bien para el individuo, sino para la nación o para las ciudades-estados. Está claro que, desde este ángulo, sería arbitrario decidir que la evaluación de la realización social pueda detenerse en un punto cualquiera como, por ejemplo, en aquel en el que se satisface la eficiencia. También es un enfoque importante, enriquecedor en mucho de la economía moderna, la cual ha optado fundamentalmente por él. De hecho, «hay importantes cuestiones de logística económica que exigen atención, y que se pueden abordar, hasta cierto punto, con

²⁷ Cf. Amartya SEN, *Sobre ética y economía*, pp. 21-25.

²⁸ Id., p. 22.

²⁹ Id., p. 21.

³⁰ Ib.

eficiencia, incluso en el formato limitado de una visión no ética y muy restrictiva de las motivaciones y del comportamiento humanos»³¹. Este segundo enfoque, que ha particularizado su trabajo en el examen de los medios, y la relación entre los mismos, se remonta a diferentes fuentes. Por una parte, a Leon Walras quien, como sabemos, contribuyó mucho al análisis de problemas técnicos de las relaciones económicas, en especial, las que tienen que ver con el funcionamiento de los mercados. Aunque también pueden encontrarse antecedentes de este enfoque, por ejemplo, en la obra de Sir William Petty (siglo XVII), cuyos aportes en la economía, observa Sen, no pueden disociarse de sus propios intereses en el campo de las ciencias naturales y mecánicas. Y, con su conocimiento de la tradición de la India, Sen puede retrotraer esta tendencia a la misma época de Aristóteles, a los trabajos de Kautilya (s. IV a. C) –filósofo indio como el propio Sen, pero contemporáneo de Aristóteles–, particularmente a su obra *Arthashastra*, que viene a ser como el primer tratado de economía, comprendiendo un análisis del gobernar orientado hacia la técnica, interesado en dar instrucciones sobre la prosperidad material con ausencia de consideraciones éticas propiamente dichas. Este enfoque *ingenieril* o *técnico*, aun y con sus limitaciones, ha permitido desarrollos interesantes y de gran utilidad en la disciplina económica. «No creo que el enfoque ‘técnico’ de la economía haya sido poco fructífero; considero que a menudo lo ha sido, y mucho. Hay muchos temas a los que la economía ha sido capaz de proporcionar una mejor comprensión, precisamente por el uso generalizado del enfoque técnico. (...) Esta contribución ha sido posible pese a haber descuidado el enfoque ético, ya que hay importantes cuestiones de logística económica que exigen atención, y que se pueden abordar incluso en el formato limitado de una visión no ética y muy restrictiva de las motivaciones y del comportamiento humano»³². Una ilustración de esta experiencia es el desarrollo de la teoría del equilibrio general, que tiene que ver con producción e intercambio en el marco de relaciones de mercado que exigen análisis técnico de alto nivel. Esta aproximación teórica, abstracta, caracteriza las instituciones sociales de manera simplificada, y ve de manera muy estrecha a los seres humanos. Pero esto, sin duda, le permite entender más fácilmente la naturaleza de esa interdependencia social, que es uno de los aspectos más complejos de la economía en general, y así ha podido producir, a partir de esos análisis teóricos, comprensiones muy útiles en problemas prácticos. Este ejemplo moderno del «desarrollo formal de la ‘teoría del Equilibrio General’ ha puesto de manifiesto, con claridad, interrelaciones fundamentales que requieren un análisis técnico muy elevado»³³. Esta comprensión de interrelación de variables es un logro del «enfoque técnico» y es innegable que ofrece una gran utilidad para el estudio de problemas fundamentales para la humanidad. De hecho, el propio Sen se ha aprovechado de ellos para realizar sus

³¹ Id., p. 26.

³² Id., pp. 25 - 26.

³³ Ib.

célebres estudios del problema del hambre y la pobreza. La doble dimensión conduce, pues, por una parte, a la manera de conseguir riqueza, mientras que la otra, más profunda, se preocupa por los fines para los cuales aquélla no es sino un medio.

Así enfocada su reflexión, considerando la ruptura que se ha dado históricamente entre ambas raíces de la disciplina, señala como un rasgo extraño el que contemporáneamente se haya llegado a aceptar esta separación con la mayor naturalidad, ya que esto representa también una *ruptura* con las raíces de la economía como disciplina científica. En una actitud muy característica de su parte, Amartya Sen evoca³⁴, para demostrarlo, tanto la tradición occidental como la oriental, haciendo ver los nexos que tiene la economía con la ética desde los primeros pasos de ambas como pensamiento sistemático. Recurre así, tanto al pensamiento aristotélico como al de Kautilya, ya citado, para mostrar cómo la economía era vista como una rama de la «razón práctica» para la cual eran centrales los conceptos de *bien, correcto y obligatorio*³⁵. Esta convicción no sólo atraviesa y es compartida por todo el pensamiento medieval (incluyendo a Tomás de Aquino, Ockham, Maimónides, etc.), sino que alcanza, también, a los economistas de la primera época moderna: William Petty, Gregory King, François Quesnay, etc.

¿Qué sucedió entonces a lo largo del camino? Aquí, Sen marca distancia entre su interpretación, y la de la «historia oficial». Para ésta, que es ampliamente compartida por partidarios y enemigos, el «padre de la economía moderna», Adam Smith, sería el responsable de la ruptura. En una opinión ampliamente difundida, al darle carácter científico a la economía, dicho autor habría roto todo nexo con la moral³⁶. Esta interpretación de la historia que, de hecho, podemos encontrar reflejada en innumerables o quizás, en la mayoría de trabajos de economía, no pasa de ser precisamente eso, una *interpretación*, una *historia oficial* que, como tantas otras de su tipo, puede obedecer a lecturas interesadas de los hechos, pero no a los acontecimientos reales. Al definir su posición crítica de esta versión de los hechos, Sen se incluye también, más allá de nuestro tema en discusión, como uno de los pensadores contemporáneos que está contribuyendo a una mejor lectura de la obra de Smith en el campo de la economía³⁷.

Con una suave ironía Sen³⁸ critica a los que llama «smithsonianos de los últimos días», que realmente reflejan un conservativismo extremo, especial-

³⁴ Cf. Amartya SEN (1993), «Does business ethics make economic sense?» en *Business Ethics Quarterly* 3, n. 1 (1993) 45. Ver también Amartya SEN, *Sobre ética y economía*.

³⁵ Cf. Amartya SEN, «Does business ethics make economic sense?» 46.

³⁶ Cf. Ib.

³⁷ Cf. Jerry EVENSKY, «Adam Smith's lost legacy» en *Southern Economic Journal* 67, 3 (2001) y Vivian WALSH, «Smith after Sen» en *Review of Political Economy*, 12, n. 1 (January 2000) 5-25.

³⁸ Cf. Amartya SEN, *Adam Smith's Prudence*, en Sanjaya HALL & Frances STEWARD (eds.) *Theory and Reality in Development. Essays in honour of Paul Streeten*, HoundMills, Basingstoke, Hampshire and London, MacMillan, 1986.

mente en Gran Bretaña, y que han pretendido lo que ni el propio Adam Smith intentó: reducir a un simple mensaje el contenido de una obra tan compleja como «La Riqueza de las Naciones» y del marco más amplio que a ésta le da «La Teoría de los Sentimientos Morales». Se trata de posiciones, por lo demás, que no son exclusivas de los conservadores contemporáneos, sino que hay que remontar a principios del siglo XIX y que aparecen ligadas al interés por fundamentar decisiones políticas por lo demás «simples y obtusas»³⁹.

Releyendo a Adam Smith

Desde su ángulo de lectura de Smith admite que éste, ciertamente, intentó hacer científica a la economía y lo logró en la medida en que era posible en su época. Pero pensar que, como profesor de Filosofía Moral de Glasgow que era, pudiera realizar esta tarea tratando de cortar todo vínculo con la ética es, por completo, erróneo, y no dejaría de ser sorprendente⁴⁰. En más de una ocasión⁴¹ critica a los «especialistas de una sola línea, o de un solo párrafo» de Adam Smith y atribuye a éstos la responsabilidad de una lectura tan parcializada de tan eminente autor. El famoso *único párrafo*, citado más bien como eslogan y conocido prácticamente por cualquier estudiante de economía, aun quien no haya visto ni el forro de «La riqueza de las naciones», es el relativo al carnicero, al cervecero y al panadero. «No es la benevolencia del carnicero, del cervecero o del panadero la que nos procura el alimento, sino la consideración de su propio interés. No invocamos sus sentimientos humanitarios sino su egoísmo; ni les hablamos de nuestras necesidades, sino de sus ventajas»⁴². El fallo de interpretación con respecto a esta conocida cita no es exclusivo de este caso. Es la práctica, lamentablemente extendida en toda lectura interesada —¿y hay alguna que no lo sea?—, de citar desconociendo u ocultando el contexto literario e histórico del que se toma un párrafo. Posiblemente más de una guerra religiosa se hubiera atemperado, si no evitado, de haberse puesto cuidado a lecturas semejantes hechas de textos de la Biblia o del Corán. Y en economía, de no haberse asumido como oficial esta lectura fundamentalista del párrafo de Smith, quizás mucho se hubiera modificado

³⁹ Cf. Amartya SEN, *Adam Smith's Prudence*, p. 28-29.

⁴⁰ Cf. Amartya SEN, *Moral Codes and Economic Success*, p. 24.

⁴¹ Amartya SEN, «Does business ethics make economic sense?» y Amartya SEN, «What difference can Ethics make?».

⁴² Adam SMITH, «*An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*», 1776, republicado en español en *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992'. Esta traducción del texto de «La Riqueza...» no coincide con la que hace Rodríguez Braun: Adam SMITH (1790), *The Theory of Moral Sentiments*, republicado en español *La teoría de los Sentimientos morales*, Madrid, Alianza, 1997: «No nos dirigimos a su humanidad sino a su propio interés». Este traductor señala que «el amor propio, *self-love*, es muy diferente del egoísmo, *selfishness*». Id., p. 15. La versión original en inglés, que es la que cita Sen, usa claramente en la célebre cita el término *self-love*.

en cuanto al desarrollo de una disciplina a la que se le ha hecho girar en torno al principio del egoísmo como eje fundamental de la actividad económica.

Sen se encarga de recordarnos el contexto de esta cita. Lo que Adam Smith está tratando en ese capítulo es del *intercambio de mercancías* y, por tanto, con el ejemplo del carnicero y los otros comerciantes, su intención es la de argumentar que *en el plano del intercambio de mercancías*, lo que funciona como motivación es el *propio interés*. Saltar de aquí a la explicación de *todas* las operaciones y actividades económicas es una generalización indebida y no fundamentada de la motivación del intercambio mercantil. Smith no concebía toda la actividad económica reducida a este intercambio –más allá de éste se encuentran las áreas de la producción y de la distribución– y ni siquiera el funcionamiento del intercambio mercantil tomado por sí mismo puede llevarse a cabo con éxito si no es dentro de un marco institucional más amplio, cuya operación tampoco se explica de manera exhaustiva por el principio del propio interés⁴³. Saliéndonos del tan citado párrafo, de significación muy puntual, encontramos que «La Riqueza de las Naciones» examina con detención esas otras áreas de la economía –la producción, la distribución y el contexto institucional y cultural del intercambio–, que para su explicación requieren de una *estructura motivacional más compleja* que la incluida en el principio del propio interés. La referencia a «La teoría de los sentimientos morales», ayuda a ver el alcance de una perspectiva que va más allá del principio de maximización de la ganancia y que nos conecta con valores morales como la humanidad, la justicia, la generosidad, el espíritu cívico, etc.⁴⁴.

Esa estructura motivacional más compleja está mostrada en las reflexiones de Smith sobre la prudencia, según Sen. Por eso, el tema de la prudencia debe tener gran relevancia en los debates de economía política contemporáneos, aparte de su interés en cuanto a historia del pensamiento económico se refiere. La prudencia en A. Smith tiene *como parte* la búsqueda inteligente del propio interés, pero no se identifica con éste. De hecho, Smith ve la *prudencia* como la unión de las dos cualidades, la razón y el entendimiento, por una parte, con el auto-dominio, por la otra. De allí que el concepto de propio interés y amor de sí mismo tengan un alcance más reducido que la prudencia⁴⁵. Para Sen esta distinción es importante a fin de entender la comprensión que tiene Smith del comportamiento social y para captar las implicaciones que en

⁴³ Cf. Amartya SEN, «Does business ethics make economic sense?» 47 - 48.

⁴⁴ «Por más egoísta que se pueda suponer al hombre, existen evidentemente en su naturaleza algunos principios que le hacen interesarse por la suerte de otros, y hacen que la felicidad de éstos le resulte necesaria, aunque no derive de ella nada más que el placer de contemplarla» (Adam SMITH, *La teoría de los Sentimientos morales*, p. 49).

⁴⁵ «Las cualidades que nos son más provechosas son, ante todo, la razón y la inteligencia en grado superior, que nos capacitan para discernir las consecuencias remotas de todos nuestros actos y para prever la ventaja o desventaja que probablemente resultará de ellos. En segundo término, el autocontrol, por el cual nos abstenemos del placer o soportamos el dolor del presente a fin de obtener un placer mayor o evitar un dolor mayor en el futuro. La unión de ambas cualidades forma la virtud de la prudencia, que de todas las virtudes es la más útil para el individuo». Id., pp. 339-340.

materia de políticas se desprenden de allí. Se trata de una perspectiva que admite lugar para otro tipo de motivaciones y de códigos de conducta, al explicar el comportamiento que la gente tiene en la vida real. Los códigos de conducta, en concreto, son comprendidos como un elemento correctivo de las posibles malas representaciones del amor de sí mismo en lo que se refiere a lo que es adecuado y conveniente para hacerse en nuestra situación particular⁴⁶. En resumen, que si bien la prudencia smithiana incluye la maximización del propio interés, también admite influencias de otro tipo en el comportamiento común.

Por consiguiente, la prudencia en A. Smith es la cualidad de *mayor ayuda al individuo*, pero el sentido de humanidad, la justicia, la generosidad y el espíritu cívico son las cualidades más útiles *para los otros*⁴⁷. En la interpretación de Sen, el sistema pluralista de virtudes de Smith otorga un lugar importante a la prudencia pero no porque obtenga buenos resultados económicos o de otro tipo. Más bien porque una persona debe ser juzgada por lo que es y por sus motivos, antes que por la utilidad de sus propósitos o por las acciones que realice⁴⁸. El propio interés, ciertamente, en esta visión del fundador de la economía moderna, logra excelentes realizaciones para sí mismo y para los demás, como parte importante del pensamiento smithiano sobre las actividades de intercambio y de la división del trabajo. Era normal que así lo viera un pensador quien, como Smith, estaba preocupado por liberar a la actividad económica de impedimentos medievales para la eficiencia productiva. Pero para tener el cuadro completo es importante ver qué rol le asignamos a esta parte de nuestra motivación, a la búsqueda prudencial del propio interés. Queda claro que Smith incorpora otros sentimientos o virtudes; su visión de la pluralidad de motivaciones humanas es innegable⁴⁹. Con un papel excluyente, es difícil que la búsqueda del propio interés pueda constituirse en un modelo de racionalidad en general. De hecho, nos recuerda Sen, la gente puede tener otras causas ligadas a la familia, la clase, el partido político, un grupo social, incluso con sacrificio personal, ¿por qué va a ser irracional perseguir esas otras metas?

⁴⁶ «Esas reglas generales de conducta, una vez fijadas en nuestra mente por la deliberación sistemática, son de copiosa utilidad para corregir las tergiversaciones del amor propio con relación a lo que es justo y apropiado hacer en nuestro contexto particular» Id., p. 293.

⁴⁷ «La benevolencia, la justicia, la generosidad y la preocupación por el bien público son las cualidades más útiles para los demás». Id., p. 342. «La preocupación por nuestra propia felicidad nos recomienda la virtud de la prudencia; la preocupación por la de los demás, las virtudes de la justicia y la beneficencia, que en un caso nos impide que perjudiquemos y en el otro nos impulsa a promover dicha felicidad. (...) La primera de esas tres virtudes nos es originalmente recomendada por nuestros afectos egoístas, y las otras dos por nuestros afectos benevolentes». Id., p. 463.

⁴⁸ Cf. Amartya SEN *Adam Smith's Prudence*, p. 32.

⁴⁹ «Sea lo que fuere en el caso de la Deidad, una criatura tan imperfecta como el hombre, el mantenimiento de cuya existencia requiere tantas cosas externas a él, tiene que actuar muchas veces a partir de numerosas otras motivaciones». Adam SMITH, *La teoría de los Sentimientos morales*, p. 531.

En «La teoría de los sentimientos morales», Smith se extendió ampliamente en lo que se refiere al rol de los códigos morales de conducta. Distingue allí incluso entre distintas razones que pueden motivar a actuar en contra de los dictados del *amor propio*, incluyendo, entre otras la simpatía, la generosidad y el espíritu público o cívico. La «exquisita simpatía» nos movería a hacer algo por su propio impulso, en las acciones más humanas, que no requieren auto-negación, ni auto-imposición, ni gran ejercicio del sentido de prioridad. La simpatía desempeña, en el sistema smithiano de virtudes, un papel de enlace, una medida común⁵⁰. Con la generosidad sucede de otra forma, pues nos pide sacrificar algún interés grande e importante de nosotros mismos, en nombre de un interés semejante de un amigo o de un superior. Y, en otras ocasiones, comparando dos objetos entre sí, uno puede no verlos en la luz natural que nos aparecen, sino desde la perspectiva de la nación por la cual luchamos⁵¹.

A pesar de todas estas aclaraciones, la interpretación reduccionista del papel que juega el propio interés y el amor propio en «La Riqueza de las Naciones» persiste entre muchos economistas. Sen constata que aún cuando diversos autores van admitiendo que Smith reconoce el papel de los códigos morales de conducta en materias sociales y políticas, sostienen que, en lo que se refiere al plano económico, el padre de la economía moderna estaría manteniendo la validez exclusiva de su observación sobre el carnicero- cervecero-panadero. Es decir, el papel exclusivo de la motivación del *propio interés* o *amor propio* en el campo mercantil. Estaríamos así, frente al llamado «problema de Adam Smith»⁵² que ha sido evocado por diversos economistas. Vale la pena detenerse unos instantes para examinar en qué consiste.

⁵⁰ «Pero en ningún sentido cabe considerar la simpatía como un principio egoísta. (...) La explicación de la naturaleza humana, pues, que deduce todos los sentimientos y afectos del amor propio, que tanta resonancia ha alcanzado en el mundo pero que hasta donde se me alcanza nunca ha sido explicada claramente y en profundidad, proviene a mi juicio de una confusa y falsa interpretación del sistema de la simpatía». Id., p. 554.

⁵¹ «Cuando un joven oficial arriesga su vida para conseguir un reducido aumento en los dominios de su soberano no lo hace porque la adquisición del nuevo territorio sea para él un objeto más deseable que la preservación de su propia vida. Para él su vida vale infinitamente más que la conquista de todo un reino en beneficio del estado al que sirve. Pero cuando compara ambos objetos no los enfoca del modo en que naturalmente se le aparecen a él mismo sino del modo en que los contempla la nación por la que combate». Id., p. 344.

⁵² Ver Amartya SEN, *Adam Smith's Prudence*. El autor hace referencia a los ensayos recogidos en tres obras contemporáneas que tratan sobre el tema: A. S. SKINNER y T. WILSON (eds.), *Essays on Adam Smith*, Oxford, Clarendon Press, 1975; Donald WINCH, *Adam Smith's Politics*, Cambridge, Cambridge University Press, 1978; D. D. RAPHAEL & A. MACFIE, *Introduction* in D. D. RAPHAEL & A. L. MACFIE (eds.), *The Theory of Moral Sentiments*, Oxford, Clarendon Press, 1976.

¿Tenía Adam Smith un problema?

Se trata de una dificultad que ha causado una abundante discusión aunque nadie en la propia época de Smith parece haberlo detectado. Russell Nieli lo explica de manera sucinta y clara como veremos a continuación⁵³. Adam Smith publicó en vida sólo dos libros, «La teoría de los sentimientos morales» (1759) y «La riqueza de las naciones» (1776). Ambos títulos, por la diversa temática a que apuntan, parecen provocar de inmediato un desconcierto parecido al que causa todo intento por relacionar la ética con la economía. No es extraño, entonces, que durante la segunda mitad del siglo XIX, un grupo de economistas alemanes de tendencias socialistas apuntaran a identificar un supuesto «problema de Adam Smith», como se ha conocido desde entonces a ese interrogante sobre cómo reconciliar dos principios aparentemente incompatibles: la benevolencia y el amor propio, el altruismo y el egoísmo⁵⁴. Los mencionados autores alemanes creyeron que se trataba de dos libros que representaban fundamentalmente diferentes maneras de entender la naturaleza humana. Mientras que la «Teoría» se basaría en una visión idealista del ser humano, concebido como una criatura benevolente o altruista, motivada en su acción moral por la simpatía hacia sus semejantes, «La Riqueza» estaría concibiendo al hombre, más bien como egoísta por naturaleza y motivado casi exclusivamente por el amor propio y el deseo de la ganancia material.

Russell Nieli, en su ensayo citado, después de indicar razonadamente la ausencia de bases históricas en quienes defienden una ruptura entre las dos obras smithianas, plantea un interesante argumento que apunta a mostrar, sobre todo, dos cosas. En primer lugar, que la concepción que subyace en ambos libros es una sola, de manera que tanto la filosofía moral como la teoría económica de Smith están en perfecta armonía, como lo está la estructura motivacional humana. En segundo lugar, que esta relación armoniosa entre las diferentes motivaciones del ser humano es integrada por Smith gracias a su distinción de lo que Nieli llama las «esferas de intimidad» y que, probablemente, podemos considerar también como una estructura de círculos concéntricos de relaciones en torno a cada individuo. Desde esa perspectiva, la tendencia adquisitiva interesada, importante para la prosperidad nacional, por medio del mercado, se aplica tan solo a las relaciones económicas entre personas que no se encuentran ligadas por otro tipo de lazos íntimos. Por su parte, las virtudes del amor y la benevolencia se aplican entre gente de conexiones más íntimas. Pero, en todo caso, los actores del mercado nunca proceden

⁵³ Cf. Russell NIELI, «Spheres of Intimacy and the Adam Smith Problem» en *Journal of the History of the Ideas* 47, n. 4 (Oct.-Dec. 1986) 611- 624.

⁵⁴ «Are the two principle works of Adam Smith, *The Theory of Moral Sentiments* (1759) on the one hand, and the *Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations* (1776) on the other, two entirely independent works, contradicting each other in their fundamental principles, or are we to regard the latter simply as a continuation of the former... and both as presenting, when taken together, a comprehensive exposition of his moral philosophy?» August ONCKEN, *The Economic Journal* 7 (1897) 444, cit. por R. NIELI, op. cit. 612.

como mónadas aisladas, sino como miembros de grupos de relaciones primarias, no mercantiles. Tan sin sentido resulta pensar en que los comerciantes intercambien mercancías por benevolencia, como suponer que el comportamiento interesado va a regir todos los demás círculos de nuestras relaciones⁵⁵. Aun cuando esta interpretación no es idéntica a la de Sen, ambas tienden a mostrar un pluralismo motivacional en la conducta del individuo, conforme al pensamiento smithiano. No es imposible entender, a partir del argumento de Nieli, que estas motivaciones diversas se influyen e interactúan para determinar el comportamiento concreto de cada uno, en el mercado y fuera de él.

Es preciso añadir, para encuadrar debidamente estas reflexiones de Sen, que la discusión sobre el llamado «problema de Adam Smith» no está cerrada. Sin embargo, hasta recientemente, en lo que respecta al punto que nos interesa –la pluralidad de motivaciones de los agentes sociales según Smith– la interpretación de Sen parece mantenerse. En su interesante y muy completo estudio de encuadre histórico, Laurence Dickey⁵⁶ aporta algunos elementos útiles a este respecto, distintos de los de Nieli, y que podemos resumir como sigue⁵⁷. Es posible tomar la edición de 1790 de «La teoría de los sentimientos morales» como otro polo y punto de referencia para interpretar el pensamiento de su autor. Desde allí puede intentarse una armonización de los aparentemente contradictorios puntos de vista entre la edición de 1759 de esta obra y la de «La riqueza de las naciones» en 1776. Para Dickey, se da una secuencia de desarrollo desde 1759 hasta 1790 que todavía no está clara por completo. Sin embargo, entre los cambios que pueden reconocerse están las maneras de entender el papel y el contenido de la prudencia y, en consecuencia, el carácter del hombre prudente y frugal. Uno de los elementos que más influye en este cambio sería la diferente manera como Smith estaría percibiendo la sociedad de 1790. Las consecuencias sociales, políticas y culturales de la conducta del hombre prudente las estaría viendo muy distintas a como las imaginó en 1759. No podía ya confiar tanto en una conducta «prudente», viendo que la gran mayoría de los individuos que observaba eran asimilados por la vanidad y el culto al lujo. De allí la necesidad, para la vida social, de hombres sabios, cuya tarea es la de reorientar o dirigir la vanidad de otros a más apropiados objetos de admiración. En otras palabras, en 1790 el sistema de valores asumido por Smith estaría en competencia con la conciencia y la práctica de la gente tal y como se comportaba en la realidad⁵⁸. Era preciso

⁵⁵ Cf. Id., 620.

⁵⁶ Cf. Laurence DICKEY, «Historicizing the 'Adam Smith Problem'. Conceptual, Historiographical and Textual Issues» en *The Journal of Modern History* 58, n. 3 (Sep. 1986) 579-609.

⁵⁷ Además de lo que nos ocupa, en el trabajo de Dickey puede verse un resumen de otras maneras de interpretar el «problema de Adam Smith». Asimismo, otros aspectos en discusión, aparte de la relación entre otras virtudes y el propio interés. En particular, ha estado en debate la afiliación de Smith a la doctrina del *laissez-faire* o su aceptación de ciertas formas de Intervencionismo. Este punto también es aludido por Sen en *Sobre ética y economía*.

⁵⁸ Cf. Laurence DICKEY, op. cit., p. 598.

encontrar un nuevo sistema de controles que pudiera garantizar que la búsqueda del propio interés no se corrompiera⁵⁹. Incluso dentro de esta interpretación de Dickey parece fortalecerse la visión que Sen tiene de Smith tanto en lo que se refiere a la estructural plural de las motivaciones del ser humano, como en cuanto al papel clave de los sentimientos morales como correctivos de la dinámica desatada por el solo interés propio. En la misma línea vendría otra posible modificación en el pensamiento de Smith tal y como lo ve Dickey. Se trata de la idea de *naturaleza*. Se habría producido en Smith un cambio que le condujo a distinguir el comportamiento *natural* de los principios de *socialización* predominantes a finales del siglo XVIII. Los datos reales del comportamiento de los agentes económicos que observaba, lo movían a preocupación y a pensar en la necesidad de animar a la gente a alejarse de las normas convencionales del comportamiento social por razones morales. Esto implicaría la utilización de un argumento ético-teleológico que, a su vez, implica la negación de sinonimia entre sociedad y naturaleza. En la práctica conllevaba una invitación a superar con la vida moral los niveles que la prudencia, la sociedad e incluso la ley señalan⁶⁰.

Los intentos por resolver este aparente dilema –el del «problema de Adam Smith»– han sido, pues, múltiples y en diferentes direcciones. La contribución de Sen a la solución del mismo es limitada y concreta en torno a un punto de discusión y se da desde una perspectiva de hermenéutica económica. En cuanto al citado famoso párrafo del carnicero, la aclaración reside ante todo en la interpretación dentro de su contexto, ubicándolo restrictivamente en referencia al intercambio de mercancías. Por contrapartida, esto implica la referencia a otros campos de operaciones económicas –producción y distribución– que requieren otras motivaciones, tales como el espíritu de equipo y trabajo colaborativo. La cooperación en el campo de trabajo no surge gracias al propio interés sino, en cierto sentido, a pesar de él.

Nuestra experiencia en la economía contemporánea avala la importancia que tiene este tipo de actitudes que surgen del sentido del deber, y de la confianza como determinantes de productividad económica⁶¹. En esta perspectiva pueden comprenderse, por ejemplo, problemas de producción como los que se toparon la antigua Unión Soviética y Europa Oriental al cambiar de régimen, debido a la ausencia de este otro tipo de motivaciones. O, en sentido positivo, también puede explicarse el éxito de la economía japonesa, comparada con las dificultades de las economías inglesa y norteamericana, si lo asociamos a motivaciones que trascienden el propio interés.

Añadamos, además, que el énfasis en el intercambio de mercancías puede hacer olvidar que éste mismo no es posible sin considerar otros elementos «externos» al mismo. Por ejemplo, su eficiencia puede ser muy influida por la

⁵⁹ Cf. Ib.

⁶⁰ Cf. Id., p. 605. El autor está citando a K. BURKE, *Language as a Symbolic Action*, y aplicando el método de este autor para interpretar a Smith.

confianza entre las diferentes partes. Si la única preocupación o el único determinante del comportamiento lo fuera la búsqueda del propio interés, habría muchas ocasiones en las que uno podría preferir olvidarse de la contraparte en un negocio, pasando por alto compromisos previos. Recurrir, para evitarlo, a procedimientos judiciales, además de oneroso, puede exigir un procedimiento muy prolongado. Aquí es donde intervienen la confianza como actitud, por una parte, y los códigos de conducta ética, por otra, cuya intervención puede razonarse, además, conforme a la teoría de juegos. Desde diferentes perspectivas puede demostrarse que el mundo de los negocios, sin códigos morales, no sólo es indigente, normativamente hablando, sino que, además, puede ser muy pobre en cuanto a desempeño⁶².

Por lo demás, incluso cuando el análisis se circunscribe sólo a nivel del intercambio, nuestro autor señala⁶³ la manera restrictiva de entender éste que se maneja en la teoría convencional. Hace ver así que los modelos económicos estándar ponen un gran énfasis en el intercambio de mercancías como opuesto al intercambio de discursos, demandas, propuestas y arreglos, que juegan también importante papel en la actividad económica. En ese sentido, los principios implicados en el «modelo del carnicero» serían muy rudimentarios para una aplicación generalizada, porque muchos intercambios no son de esa índole. Sen da como ejemplo el caso de un arreglo particular, en una disputa salarial, que implica mucha negociación y, con ella, *intercambio* de palabras, demandas y preocupaciones.

El esfuerzo, pues, del Nobel indio por reinterpretar a Smith a partir de la tan socorrida cita del carnicero y demás comerciantes, no sólo cumple para explicar el origen de la legitimación «académica» del divorcio entre ética y economía sino que, como él mismo sugiere, contribuye al rescate de la imagen de Adam Smith, transformado, por obra y gracia de una continuada mala lectura, en un ideólogo más que en un hombre de ciencia. Es un rescate importante, por el valor de la obra de Smith y también por atajar los intentos sistemáticos de quienes utilizan sus argumentos en torno al así llamado *homo oeconomicus*, para sustentar una reducida concepción de racionalidad, en términos de búsqueda del interés propio⁶⁴. Sen deja claro que el «padre de la economía moderna», no sólo en *La teoría de los sentimientos morales*, sino también en gran parte de *La riqueza de las naciones*, tomó una visión mucho más amplia de lo que es la motivación humana en la sociedad y no limitó el comportamiento racional a la búsqueda del propio interés⁶⁵.

⁶¹ Cf. Amartya SEN, *Moral Codes and Economic Success*, p. 25.

⁶² Cf. Id., pp. 25–26.

⁶³ Cf. Amartya SEN, *Sobre ética y economía*, p. 7.

⁶⁴ El análisis del concepto de la racionalidad complementa la discusión por parte de Sen de la relación entre ética y economía.

⁶⁵ Cf. Arjo KLAMER, «A conversation with Amartya Sen» en *The Journal of Economic perspectives* 3, n. 1 (Winter, 1989) 141.

Esta manera de interpretar la visión de Adam Smith, aportada por Sen desde la perspectiva económica y en un intento por comprender la riqueza de la visión psicológica de Smith, nos parece que no entra en contradicción con la solución del «problema de Adam Smith» tal y como la han desarrollado los autores citados, Nieli y Dickey. En cualquier caso, vale la pena subrayar que la revisión del pensamiento smithiano, en la que participa nuestro autor, tiene bastante más trascendencia e interés que el que podría ofrecer si lo viésemos como un mero tema más de discusión de historia económica. Para algún autor, incluso, el papel esencial de una ética cívica en una sociedad liberal constructiva sería el «legado perdido de Adam Smith»⁶⁶. Toda esta discusión de la relación entre comportamiento individual, valores éticos e instituciones tiene que ver con la posibilidad de construir realmente una sociedad liberal⁶⁷. Aunque Sen no lo desarrolla de esta forma, el papel que Smith hace jugar a la ética en relación a la economía, tiene que ver con la llamada «cuestión de cohesión» de la sociedad liberal que se plantearon ya los filósofos en los albores de ésta. Son los mismos interrogantes que hoy podemos replantearnos: ¿cómo evitar que una sociedad liberal degenere por la ambición individual? ¿Qué fuerza puede lograr que la máxima riqueza posible para una sociedad, y para la sociedad internacional entera, sea compatible con una vida de calidad para cada individuo? La posición de Smith al respecto fue elaborada sobre su premisa de que los seres humanos somos capaces de actuar por una pluralidad de motivos y, entre ellos, por el impulso de la justicia, si lo alimentamos adecuadamente⁶⁸. Contraria a la extendida idea de un Smith enfocado unilateralmente en torno al interés propio como motor principal de la acción humana, análisis contemporáneos de su obra muestran su convicción de que la libertad sólo puede ser completa y, por tanto, los frutos de la sociedad liberal plenamente realizados, cuando la justicia se establece sobre la base de una voluntad ciudadana de conformarse a los dictados de una ética cívica. En esta visión, el éxito, en última instancia, del experimento liberal depende del desarrollo institucional y de la interiorización de un conjunto maduro de principios de una ética cívica⁶⁹. Valga añadir –y es parte del objeto de discusión en torno al «problema de Adam Smith–, que en esta interpretación, y como parte de la importancia del entorno institucional, Smith no subestimó tampoco el papel del gobierno, como a menudo se cree. Examinando la situación de la Gran Bretaña en su época, llega a pensar que un gobierno reducido sólo es posible cuando estándares éticos maduros han sido establecidos por medio del discurso cívico y la construcción de instituciones. En su concepción, un gobierno pequeño no es la causa, sino el resultado del éxito de una sociedad liberal⁷⁰.

⁶⁶ Cf. Jerry EVENSKY, *op. cit.*

⁶⁷ Cf. *Id.*, 498.

⁶⁸ Cf. *ib.*

⁶⁹ Cf. *Id.*, 506.

⁷⁰ Cf. *Id.*, 507.

Participar en una relectura de Smith, en la línea que acabamos de exponer, le resulta posible a Sen por su enfoque hermenéutico económico, como lo hemos indicado anteriormente, pero también por su desmarcación de la posición de los positivistas. Aunque Sen no desarrolla directamente un alegato contra éstos, se aleja de ellos desde el análisis de la estructura motivacional de los agentes económicos. Todo este análisis supone un rechazo de la categórica distinción que dichos autores establecen entre lo factual y lo normativo. Es esa posición la que le permite, al mismo tiempo que una desmarcación de la posición neoclásica, la relectura de Smith. Hay que añadir, sin embargo, como lo señala Vivian Walsh⁷¹, que el análisis de Sen no llega a enfrentarse directamente con la nueva posición positivista contemporánea. Para Walsh así como para Hilary Putnam⁷² hoy en día nadie mantiene, por ejemplo, la negación del carácter cognitivo de los juicios éticos. Se reconoce, cada vez más, el *entrecruzamiento* del hecho y el valor. Sin embargo, la vieja tendencia positivista reaparece en un tipo de posición relativista que pretende distinguir entre el *lenguaje natural* que siempre expresa la realidad relativamente, y una supuesta «ciencia acabada» que estaría exenta de esos condicionamientos de perspectiva⁷³. Se estaría trasladando de plano la vieja dicotomía entre ciencia y ética, a un nivel metafísico. En el pensamiento de Sen, en cambio, toda forma de dicotomía se elimina. Desde que analiza la etapa de la descripción científica⁷⁴ está claro que no siempre se encuentran límites claros entre la descripción y la prescripción, o entre la descripción y la predicción. Y la explicación para él es clara: describir no es simplemente observar y reportar; implica el ejercicio, posiblemente difícil de la selección⁷⁵. Y haciendo referencia a obras clásicas de los siglos XVIII y XIX en las que se pretende describir la situación de pobreza o la condición de la clase trabajadora, puede sorprender con la afirmación de que la verdad es condición necesaria pero no suficiente para una buena descripción, porque todo acto consciente descriptivo contiene alguna posición teórica sobre la importancia relativa de las diversas proposiciones relativas al tema. Es la *elección-base de descripción*⁷⁶. Esa multiplicidad de posiciones teóricas refleja, entonces, una diversidad de motivaciones que son las que estimulan la investigación. Se trata de motivaciones que no necesariamente reflejan intereses prescriptivos o predictivos. Hay otros tipos de curiosidad que son los que conducen a la discriminación implícada al describir. Sen se refiere en este punto a Gunnar Myrdal y a su tremendo aporte a la teoría económica con su investigación sobre la presencia

⁷¹ Cf. Vivian WALSH, op. cit., 7.

⁷² Cf. Hilary PUTNAM, op. cit.

⁷³ Cf. Vivian WALSH, op. cit., 20.

⁷⁴ Cf. Amartya SEN, *Description as Choice*, Sobre la naturaleza de las proposiciones éticas, Sen había elaborado unas tempranas reflexiones en «The Nature and Classes of Prescriptive Judgements» en *Philosophical Quarterly* 17, n. 66 (Jan 1967) 46-62.

⁷⁵ Amartya SEN, *Description as Choice*, p. 103.

⁷⁶ Cf. Id., p. 104.

de juicios de valor en los enunciados científicos. Pero precisa la posición del economista sueco, al distinguir entre la necesidad de selección contenida en la *elección-base de descripción*, y la de portar fines prescriptivos en el análisis. En este punto, además, Walsh⁷⁷ hace ver la relevancia de la influencia de Maurice Dobb en estos trabajos de Sen, la que es reconocida por el propio autor. Dobb ha argumentado que ciertas descripciones tienen semejanza que hacen imposible ignorar determinados hechos vitales. Por este mismo hecho, semejantes descripciones desatan en nosotros la necesidad de formular juicios morales, incluso contrariando nuestras propias intenciones. Está clara la relación que esta observación tiene con la explicación que hace Sen del tema y que le conduce a afirmar que el confinar la atención tan sólo a la conexión de la descripción con los intereses predictivos y prescriptivos empobrece las tradiciones de la economía descriptiva. Se trata de empobrecimientos que pueden verse en muchos campos diferentes de la economía, desde las interpretaciones de las teorías del valor hasta las medidas de la desigualdad y la pobreza. Pareciera que se ha sacrificado la riqueza de las motivaciones descriptivas por consistencia dentro de una concepción, arbitrariamente estrecha, de estas motivaciones o, con palabras más exactas, por consistencia respectivamente dentro de dos concepciones arbitrariamente estrechas de las motivaciones⁷⁸.

De las motivaciones a las instituciones

Con la inclusión del tema de la motivación ética, en su relectura de Smith, Sen incorpora también la interrelación entre actividades económicas, valores e instituciones. Por implicación negativa hace ver que la omisión implicada en la lectura parcializada de la cita del carnicero también subestima el papel de las instituciones, además de ignorar el de los códigos morales. Aun cuando los intereses propios puedan orientar la acción de los agentes económicos en el intercambio, éste no funciona sino dentro de un marco organizativo determinado⁷⁹. En nuestros días una lección que también se ha aprendido dolorosamente en la Europa Oriental y la antigua Unión Soviética es la necesidad del desarrollo institucional. La magia de un supuesto proceso automático de mercado hizo olvidar este aspecto en los casos citados.

La vinculación entre el desarrollo institucional y el papel de los códigos de conducta es clara, ya que las instituciones, basadas en arreglos interpersonales y formas compartidas de entender las cosas, operan —a menudo implícitamente— sobre la base de patrones comunes de comportamiento, confianza mutua y confianza en la ética de comportamiento de los otros. De hecho, no es novedad en la historia de las ciencias sociales el descubrir este nexo —aquí Sen se refiere a los trabajos del propio Marx, Weber, Tawney, etc. El hecho de

⁷⁷ Cf. V. WALSH, *op. cit.*, 9.

⁷⁸ Cf. Amartya SEN, *Description as Choice*, p. 116.

que esta interrelación tenga lugar de manera implícita da pie a que, a menudo, se pierda de vista y sólo resalte su importancia en situaciones problemáticas. Desde este ángulo Sen subraya la trascendencia de estas variables institucionales no sólo en el Tercer Mundo y el anteriormente llamado «Segundo Mundo», sino también en los países industrializados. En el primer caso, para entender los problemas del desarrollo. En el segundo, para desenmarañar las complicaciones con que se ha topado la reforma económica. Pero también en el mundo desarrollado para enfrentar los problemas de diferencia en productividad relativa y los que conlleva la corrupción.

Este marco institucional y cultural, que incluye los códigos morales, con todo su margen de variabilidad según lugares y épocas, contribuye a realizar y a entender el diferente modo de operación del capitalismo en el mundo moderno. Japón y el Sudeste asiático son tan sólo unos de los ejemplos que mejor ilustran esta afirmación. En unos y otros casos podemos decir que la concepción de un sistema basado en la pura maximización de la ganancia desconoce elementos importantes en la explicación del éxito de esos países⁸⁰. Y, después de recordarnos que el capitalismo ha sido mucho menos exitoso en conformar la economía política de una sociedad justa que en modificar dramáticamente el nivel promedio de opulencia, Sen insiste en que incluso los éxitos reconocibles del capitalismo –tales como la posibilidad de alcanzar superiores niveles de vida– no podrían explicarse de no tener en cuenta el trabajo en equipo, la coordinación y la confianza que, en definitiva, muestran el papel clave de los códigos de comportamiento. Sin incluir esto, se empequeñece el verdadero aporte del sistema capitalista⁸¹.

Autores como Michio Morishima, Ronald Dore y Masahiko Aoki son citados profusamente por Sen⁸², por su análisis del éxito japonés ligado a aspectos motivacionales e institucionales. Por discutidas que sean y necesitadas de precisión algunas de las categorías empleadas en el estudio de esa nación, el hecho es que resulta ya imprescindible hablar del «ethos japonés», de la «ética confucionista» o de los códigos de comportamiento locales, para comprender el desarrollo capitalista del Japón.

⁷⁹ Cf. Amartya SEN, *Moral Codes and Economic Success*, p. 26.

⁸⁰ Cf. Id, pp. 26-27.

⁸¹ Cf. Ib.

⁸² Cf. Amartya SEN, *Sobre ética y economía*, «Does business ethics make economic sense?», *Moral Codes and Economic Success; Economics, Business Principles and Moral Sentiments*. Se refiere a las siguientes obras: Masahiko AOKU, *Information, Incentive and Bargaining in the Japanese Economy*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989; Ronald DORE, *Taking Japan seriously: a Confucian perspective on Leading Economic Issues*, Stanford, Stanford University Press, 1987; Michio MORISHIMA, *Why Japan has 'succeeded'? Western Technology and Japanese Ethos*. Cambridge, Cambridge University Press, 1982.

Dos ilustraciones de la diversidad motivacional en la actividad económica

Pasando del ejemplo de países tomados en conjunto a aspectos específicos de la vida económica, Sen⁸³ recurre a dos temas como particularmente ilustrativos de la intervención de la diversidad de motivos en las operaciones económicas. El primero, el de los llamados *bienes públicos*, y el segundo, el de la *corrupción económica*, respectivamente aportan clarificaciones de manera positiva el uno, y negativa el otro, a la manera como la maximización del propio interés resulta insuficiente para explicar la motivación de los agentes económicos.

Entendiendo por «bienes públicos» aquellos cuyo consumo por parte de alguien no excluye el uso que otros puedan hacer de los mismos, puede verse enseguida por qué no están regidos por la lógica habitual del mercado. Pensemos en bienes como un gran parque nacional, en un ambiente con calidad de vida, o en la ausencia de epidemias. El mercado funciona habitualmente determinando un precio a una mercancía y luego, dejando la asignación de los productos entre los consumidores conforme a la disponibilidad de éstos para comprar al nivel del precio vigente. El precio de equilibrio, entonces, balanceará la oferta y la demanda. Pero, en el caso de los *bienes públicos*, este sistema no puede funcionar por tratarse de productos cuyos usos son en su mayor parte, no competitivos, y el consumo por parte de alguien no excluye al que otro pueda hacer. La asignación óptima de recursos, en estos casos, requiere que los beneficios *combinados* sean comparados con los costos de producción y para ello no funciona el mecanismo de mercado basado en la maximización de la ganancia⁸⁴. En la práctica, la consecuencia principal de este hecho en la organización y desempeño de la producción –Sen arguye–, es la necesidad de establecer en las decisiones privadas el uso de valores no de provecho propio sino, sobre todo, de preocupación social. Lo cual equivale a fortalecer la ética en la actividad empresarial, yendo más allá de la honestidad y la confianza, hasta asumir responsabilidades sociales, como es el caso en que se enfrenten problemas de contaminación y degradación ambiental⁸⁵.

Esto queda más claro en un problema paralelo, el de la asignación de bienes privados implicando fuertes «externalidades», es decir, cuando existen relaciones interdependientes que funcionan fuera del mercado. Conocemos multitud de casos de este tipo: contaminación ambiental por expulsión de gases de una fábrica, afectando a todo un vecindario, o desechos de produc-

⁸³ Cf. Amartya SEN «Does business ethics make economic sense?» y *Moral Codes and Economic Success*.

⁸⁴ Cf. Amartya SEN, «Does business ethics make economic sense?». Sobre el concepto de bienes públicos Sen remite al clásico trabajo de P. SAMUELSON, «The Pure Theory of Public Expenditure» en *Review of Economics and Statistics* 35 (1954).

⁸⁵ Aunque reconoce que en la situación examinada habría lugar también para defender las regulaciones estatales de la empresa privada, o el establecimiento de empresas públicas, nuestro autor considera que la experiencia nos desaconseja ese tipo de recursos.

ción arrojados a un río que impide un uso sano para riego, etc. Son casos en los que tampoco funciona el mecanismo de mercado sin más, y que emparentan el tema de los *bienes públicos* con el de las *externalidades*⁸⁶. De nuevo aquí nos topamos con un buen argumento en favor del desarrollo de una ética empresarial, no sólo en el sentido tradicional de honestidad y confianza, sino en cuanto a asumir una *responsabilidad social* por los efectos medioambientales de las actividades productivas.

Otra observación interesante, siempre en relación con el caso de *bienes públicos*, es la que nos hace ver que incluso en la producción privada de mercancías hay una dimensión de *bien público* en el mismo proceso. Esto puede razonarse a partir de la atención al carácter de *actividad conjunta* que tiene la producción. Dado este rasgo, crucial para su éxito, podemos pensar que en cualquier producto hay un beneficio común al cual todos han contribuido más allá de lo que refleja la respectiva remuneración⁸⁷. Esta contribución, además, no se logra a partir de costosas e impracticables supervisiones, sino de una motivación de cada uno, que es más rica que la búsqueda del propio beneficio.

Si los bienes públicos son un caso positivo de cómo la motivación de los agentes económicos está ligada a códigos morales de comportamiento, en épocas recientes, en materia económica, este tema ha surgido más ligado a un tema negativo, el de los problemas de la corrupción y del crimen organizado. Para Sen la existencia de un código de honor y un sentido del deber en empresarios y políticos podría marcar una real diferencia ante la situación de la corrupción, las transacciones ilegales y otros aspectos del crimen organizado. Ciertamente existe una enorme variedad de comportamientos en esta materia, una gran diversidad cultural, y esto hace difícil la aplicación de medidas para introducir cambios. Éstas hay que asociarlas, entonces, de manera complementaria con las reformas institucionales apropiadas en cada caso y a la influencia de los modos de conducta de los servidores públicos, especialmente de los de más alto rango.

Sin embargo, para penetrar en la comprensión del problema y abordarlo desde otro ángulo, Sen nos lleva a considerar las *funciones sociales y económicas* que una organización criminal, como la mafia, pueden venir a desempeñar, por ausencia de las entidades a las que correspondería ejercerlas. Esta sería la base material, empírica que explicaría el auge del crimen organizado en determinados países o a nivel internacional⁸⁸. El que estas organizaciones «tengan éxito» depende de cómo funcionen los modos de comportamiento de la economía legal. Así, por ejemplo, cuando en una sociedad no están bien establecidos los estándares de una ética de mercado, ni las indispensables

⁸⁶ Cf. Amartya SEN, «Does business ethics make economic sense?» 51.

⁸⁷ Amartya SEN, *Moral Codes and Economic Success*, p. 29.

⁸⁸ Cf. Id., p. 31.

actitudes de confianza, entonces las actividades represivas de una organización externa, por ejemplo, de carácter mafioso, vienen a llenar el vacío, supliendo una función que es socialmente valorada⁸⁹. Por más que rechacemos el asesinato y el crimen de entidades mafiosas, no podremos combatir las eficazmente si no comprendemos la base económica de su influencia, es decir, la respuesta que vienen a llenar ante necesidades motivacionales no satisfechas en las relaciones entre agentes económicos en determinadas situaciones⁹⁰.

Nuevas simetrías dentro de una perspectiva más amplia de la economía

Todas estas líneas de reflexión nos adelantan elementos importantes para definir la visión de la economía que maneja Amartya Sen y que es, sin duda, más amplia que la que suele predominar a nivel de concepciones populares sobre lo que es la economía como ciencia. Dentro de esta manera de entender la economía pueden descubrirse más fácilmente los nexos de ésta con la ética y con otras disciplinas.

Por una parte, contamos con un recordatorio elemental, que por hipótesis han manejado todos los estudiantes de economía: que *la economía no se reduce al intercambio*, que éste no se reduce al ámbito mercantil –y, por lo tanto, menos aún, a tan sólo las transacciones financieras. La actividad mercantil *se comprende en relación a las de producción y distribución y su funcionamiento es posible, como el de toda la economía, dentro de un marco motivacional, cultural e institucional más amplio*, del que forma parte. Si bien esto es de nuestro conocimiento habitual, vale la pena preguntarse si en la práctica constituye un principio orientador de nuestro estudio académico de la disciplina, así como del diseño de las políticas económicas en cualquiera de nuestros países, particularmente en lo que se refiere a la definición y establecimiento de prioridades en las medidas económicas que se deciden tanto en el sector público como en el privado.

La economía como actividad, concebida dentro de esta línea, puede fácilmente verse como una parte, un *subsistema*, si queremos usar esta forma de categorizar la realidad, del sistema mayor que es la cultura humana –en el límite, en relación al ecosistema. Para comprender los problemas que se plantean en cada nivel o área específica, la especialización, la abstracción de determinados aspectos resulta indispensable. Pero cuando la especialización y la abstracción conllevan la ignorancia de relaciones esenciales para la comprensión de los problemas particulares, ésta se oscurece y distorsiona, con todo lo negativo que esto puede implicar para el planteamiento y la solución

⁸⁹ Cf. Ib.

⁹⁰ Cf. Id., p. 32.

de los problemas tal como existen en la realidad –y no sólo en representaciones modélicas–. Es el talón de Aquiles de toda forma de reduccionismo, incluyendo, de forma particular para nuestro interés, el economicismo que trata de reducir toda explicación de un fenómeno humano a la que proporciona la consideración de las variables económicas. O, dentro de los fenómenos económicos, el reduccionismo que sólo considera, por ejemplo, el aspecto mercantil, financiero o fiscal, de un problema de suyo más amplio.

Dentro de esta concepción más amplia de la economía Amartya Sen puede intentar reconstruir los vínculos entre la ética y la economía, para el enriquecimiento de ambas. Sin embargo, como veremos posteriormente con más detenimiento, Sen no ha orientado su reflexión hacia el desarrollo de todas las posibles virtualidades que esta perspectiva ofrece para elaborar sobre la relación entre economía y ética. El enfoque de Sen entra en la discusión fundamentalmente *desde el ángulo de las motivaciones del comportamiento del agente económico*. De manera directa, desde allí se da pie a varios temas de discusión en materia económica estrechamente interrelacionados: el de la maximización de la ganancia, como una entre varias motivaciones del comportamiento *racional* económico, el de la racionalidad económica, el de las condiciones *extra-económicas* de funcionamiento de las relaciones mercantiles y el de las implicaciones de estas discusiones en cuanto a la concepción de equilibrio del mercado en relación con el bienestar social. Como veremos, las relaciones entre ética y economía no se reducen a estos aspectos del problema relacionados con la conducta del agente económico, aunque sin duda éstos ofrecen lugar a importantes consideraciones, como lo muestra la obra de Sen.

También, desde el enfoque adoptado le será posible al economista indio una rica elaboración sobre la concepción del desarrollo en su sentido más integral. Esto constituye un tema posterior de nuestros trabajos de reflexión que, por sí mismo, da materia para otro análisis independiente.

Además de estas discusiones propias del ámbito de la economía Sen, con esa capacidad multidisciplinaria que lo caracteriza, dedica bastantes esfuerzos a discusiones que muestran los fallos a *nivel filosófico* de la posición reduccionista centrada en la maximización de la ganancia, en tanto en cuanto liga ésta con la concepción utilitarista presente aún en diversas áreas de la economía contemporánea.

Nuevos caminos para la economía como disciplina

Desde la perspectiva que utiliza en sus trabajos, es comprensible que Sen se queje de la estrechez de la economía moderna. Ese término, *estrechez*, referido tanto a las corrientes neoclásica, como marxiana o nekeynesiana es fre-

cuentemente utilizado por nuestro autor para calificar el mayor problema de la economía como disciplina científica. Es una estrechez que condiciona la comprensión de los problemas que constituyen su propio objeto de estudio. Para él, la mayor parte de la economía moderna tiende a concentrarse muy fuertemente en cuestiones muy reducidas. Dejan así por fuera enormes áreas de importantes factores, políticos y sociológicos, por una parte, o temas filosóficos, por otra. Y en realidad son asuntos centrales, a menudo, para la problemática económica misma⁹¹.

Hay poca discusión respecto a esta circunstancia, al menos en el campo de la microeconomía, en el que a veces se reacciona a este tipo de observaciones como si se tratara tan sólo de una crítica negativa. Ciertamente, el trabajo de construir modelos alternativos y presentar diferentes formulaciones de problemas de eficiencia todavía es poco tratado. Queda mucho trabajo por delante y Sen confía en que la economía se moverá en esa dirección, aunque una gran parte de quienes trabajan la disciplina en altos niveles, asume que ya tienen una comprensión apropiada de los problemas básicos centrales. Por ejemplo, se da por supuesto el modelo general estándar de equilibrio, con todos los agentes impulsados por su interés propio, y los gustos y la tecnología dados. Todo lo que se introduzca luego —competencia imperfecta, incertidumbre, etc.—, se asume como incapaz de causar problema al meollo de la disciplina. Y, sin embargo, el terreno principal sobre el que se mueve la economía, el de las motivaciones humanas, está lejos de encontrarse seguro⁹².

Este deseo de ruptura de las estrechas fronteras de la economía contemporánea podemos verlo como una concepción compartida por Sen con otros grandes autores contemporáneos, quienes de manera aún más explícita que él mismo apuntan a una redefinición de la estructura y funciones de la economía académica⁹³. Se trata de búsquedas de nuevos linderos que no son ajenas a los desafíos que la vida real plantea a la economía en su tendencia dominante. Por el contrario, se derivan en gran medida de la incapacidad de la disciplina económica en resolver desafíos que la vida real plantea de continuo. Por eso, de manera particular el economista Herman Daly y el teólogo J. Cobb Jr.⁹⁴, han subrayado cómo problemas relevantes que afectan a la vida de la sociedad contemporánea y a la del planeta mismo han tomado por asalto el «dogma reinante» en economía. Ciertamente fenómenos tales como los del

⁹¹ Cf. Arjo KLAMER, op. cit., 140-141.

⁹² Id., 147.

⁹³ Ver, por ejemplo, A. HIRSCHMAN, *De la economía a la política y más allá: ensayos de penetración y superación de fronteras*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984; G. HODGSON, *Economía y evolución...* Del mismo autor, *Economics and Utopia*, London and New York, Routledge; J. M. BUCHANAN, *Economics. Between Predictive Science and Moral Philosophy*, 1987, Texas A & M University Press College Station; J. A. CHAVES *De la utopía a la política económica...*, caps. VII y VIII. R. Heilbroner y el enfoque institucional junto con las discusiones sobre racionalidad y economía ecológica nos colocan también en el ámbito de esta discusión.

⁹⁴ Ver H. DALY y J. COBB Jr., *Para el bien común. Reorientando la economía hacia la comunidad, el ambiente y un futuro sostenible*, México, FCE, 1993.

agujero en la capa de ozono o el aumento del CO₂, entre otros, son signos innegables de que algo no marcha bien en la actividad económica con la que se relacionan. A estos hechos biofísicos podemos agregar otros de índole directamente socioeconómica, tales como la constatación del aumento constante de la brecha entre países pobres y ricos, a pesar de todas las políticas de modernización y ajuste de la economía. O el del desempleo en países como los de la Unión Europea. Unos y otros hechos hacen ver la ambigüedad de la realización económica moderna, como también la de la contribución de la ciencia que se dedica a su estudio⁹⁵.

Aun cuando no podemos decir que Sen desarrolle propiamente una epistemología económica, sus prácticas de la disciplina económica permiten ver que maneja un concepto de ésta que lo distancia de una gran mayoría de colegas de la «corriente principal» de la que, por lo demás, confiesa modestamente formar parte. Resulta revelador en este sentido examinar sus apreciaciones cuando se refiere a la relación entre economía y sociología⁹⁶. Cuestionado sobre el origen de sus «amplios intereses», que ligan temas estrictamente reconocidos como económicos con otros de naturaleza social y política, responde con dos tipos de afirmación. Por una parte, acepta que ello obedece a un profundo enraizamiento de índole práctica: su interés en lo político. Está claro que, por tal, se está refiriendo a los problemas de conducción de países que, como el suyo, han encarado serios problemas de pobreza e injusticia. Por eso él ve su vocación como economista ligada a la problemática que le rodeaba: para alguien nacido en la India no es un asunto difícil el verse interesado en la economía. El impacto que le causó la gran hambruna de 1943 fue imborrable⁹⁷. Simultáneamente, es una concepción teórica e histórica la que también da lugar a su amplia concepción de la economía. El estudio de la filosofía le abrió sus intereses a un campo variado de temas, incluyendo la historia, las matemáticas y las ciencias⁹⁸. Pero, en realidad, considera Sen que la sorpresa de que un economista tenga *intereses amplios*, sólo se explica por la imagen que refleja la economía moderna, a la que sí puede atribuírsele una *visión estrecha*. Porque si uno dirige su atención a los economistas políticos clásicos –Smith, Marx, Mill, etc.–, no cabe duda que encontrará en ellos un gran interés por áreas muy diferentes. Es más, en su manera de ver las cosas, el tema de la economía por sí mismo lleva a intereses más amplios. Si algunos economistas niegan o parecen negar esto, añade, para nada se encuentran en la tradición económica y por eso no debe juzgar a la

⁹⁵ Ver J. A. CHAVES, *De la utopía a la política económica...*, cap. VII.

⁹⁶ Cf. Richard SWEDBERG, *Economics and Sociology: Redefining their Boundaries: Conversations with Economists and Sociologists*, Oxford, Princeton University Press, 1990, cap. 14, pp. 249-267.

⁹⁷ Cf. A. KLAMER, op. cit., p. 136.

⁹⁸ Cf. Amartya SEN, *Autobiography*, en *Les Prix Nobel 1998*, The Official Web Site of the Nobel Foundation, 1998.

disciplina a partir de ellos⁹⁹. La economía como disciplina, en su sentido moderno original, incluye mucho de lo que hoy día sería llamado «sociología». En Benthan, Mill, Marx y, particularmente, en Smith era parte normal de sus escritos. Y no tiene sentido preguntarse si esto es en realidad «economía» o «sociología», porque, en cierto sentido, era ambas cosas a la vez. Por ello, en lo que se refiere a la tradición clásica, tiene tanto elementos sociológicos en ella, como lo que puede ser visto como *elementos económicos estrechamente concebidos*. Edgeworth, Wicksell y Marshall miraron también este tipo de investigación como parte legítima de la economía.

Ciertamente Sen no pretende, de manera simplista, volver atrás en cuanto a la evolución de la disciplina económica se refiere, ignorando los aportes o innovaciones valiosas que se hayan podido producir durante los dos últimos siglos. Él cree que hoy día se nos presentan un buen número de temas interesantes para tratar en economía, para los cuales los escritos de los siglos XVIII y XIX pueden no ser de ayuda. En parte porque hay mucha riqueza contemporánea de estudios empíricos y en parte, porque la naturaleza de la disciplina ha cambiado. Lo que sostiene Sen¹⁰⁰ es la necesidad de no perder de vista otros problemas generales que los clásicos trataron de manera extremadamente buena y que no han perdido ninguna relevancia. Tal es el caso, por ejemplo, de los análisis sobre el rol de los códigos de comportamiento en nuestras vidas, que podemos tomar de Smith. O de Marx, el concepto de que nuestra propia identidad está determinada socialmente y se relaciona con nuestra pertenencia a grupos de diferente nivel. O, en fin, la idea de Mill en cuanto a la importancia profunda de la libertad en nuestra concepción de una buena vida. Son análisis de permanente importancia en el campo económico que, sin embargo, han tenido escaso impacto en la teorización económica contemporánea. Para poder reintegrar tan valiosas ideas a la disciplina económica es preciso tener en cuenta que quienes desarrollaron esas teorías de hecho eran economistas, aunque también y simultáneamente eran filósofos, teóricos políticos y activistas sociales¹⁰¹.

Se trata, pues, de valorar y mantener las dos tendencias o dos elementos que encontramos en la historia de la reflexión económica y a las que ya hemos hecho referencia. Recordemos que en su célebre ensayo «Sobre Ética y Economía» hace más explícita su visión de cómo esa doble tendencia da origen a la moderna disciplina económica. Ambas raíces de la economía se necesitan. La *relacionada con la ética*, que se preocupa por los fines de la economía, no excluye la otra, la *ingenieril o técnica*, que consiste en un enfoque que «se caracteriza por interesarse, principalmente, por temas logísticos más que por los fines últimos»¹⁰².

⁹⁹ Cf. Richard SWEDBERG, op. cit., p. 250.

¹⁰⁰ Cf. Id., p. 264.

¹⁰¹ Cf. Id., p. 265.

¹⁰² Amartya SEN *Sobre ética y economía*, p. 22.

Dada la naturaleza de la economía, no hay que sorprenderse de que ambos orígenes o tradiciones, ofrezcan la validez de su propio enfoque o intuición, con sentido en sí mismas. De hecho ambas están presentes en las obras de grandes economistas, aunque en diversas proporciones. Por ejemplo, podemos encontrar más presentes las contribuciones éticas en Adam Smith, John Stuart Mill, Karl Marx y F. Edgeworth. Mientras que William Petty, François Quesnay, David Ricardo, A. Cournot y Leon Walras, son más logísticos y técnicos. Ninguno de ellos, eso sí, podemos decir que desarrolle un enfoque en estado puro. La llamada economía positiva ha huído del análisis normativo, ignorando por esta razón la diversidad de consideraciones éticas que afectan al comportamiento humano real, sin darse cuenta de que ese ámbito de las motivaciones puede examinarse más al nivel de los hechos y no sólo como juicios normativos. Esto es una seria limitación. «El empobrecimiento de la economía relacionado con su distanciamiento de la ética influye tanto en la *economía del bienestar* (limitando su alcance y su importancia) como en la *economía predictiva* (debilitando sus supuestos de comportamiento)»¹⁰³. Sen admite que ante semejante complejidad es posible tomar atajos, con tal de que la relevancia predictiva de cada uno de los diferentes tipos de consideraciones éticas sea cuidadosamente examinada. Si nos apegamos al solo supuesto de la conducta guiada por el propio interés, estaríamos usando un atajo que nos va a conducir a una meta distinta de la meta a la que queremos llegar. El objetivo es entender, explicar y predecir el comportamiento humano de forma tal que las relaciones económicas se puedan estudiar y utilizar de modo provechoso para la descripción, la prognosis y la política¹⁰⁴.

Si quisiéramos sacar de todo este enfoque una apreciación de Amartya Sen que constituya una guía para el trabajo interdisciplinario de un economista, podríamos decir que iría en la línea de una mayor seriedad de la economía, en la manera de responder a las *exigencias propias de la economía misma* como disciplina. En otras palabras, no se trata de adulterar la economía, sino de hacer que se comporte más de acuerdo a sus propias exigencias y raíces. Analizando el tema del llamado «imperialismo económico»¹⁰⁵, Sen está convencido de que el fondo del problema no radica en el intento de tomar herramientas de alcance limitado en la economía para intentar aplicarlas fuera del dominio económico. El problema principal que ve es que tampoco se aplican muy bien dentro de la misma economía. Y criticando directamente a los desarrollos teóricos de Gary Becker, comenta que ni siquiera en el campo propio de la disciplina económica tienen mayor poder explicativo y predictivo. No

¹⁰³ Id., pp. 73-74.

¹⁰⁴ Cf. Id., p. 95.

¹⁰⁵ Sobre el llamado «imperialismo de la ciencia económica» o intento de generalización de la «racionalidad económica» a todos los campos del comportamiento humano, ver una breve explicación y comentario en J. A. CHAVES, *De la utopía a la política económica...*, pp. 214ss. También Jesús CONILL, «De Adam Smith al Imperialismo Económico» en *Claves de Razón Práctica* 66 (1996) 52 - 56. Y, por supuesto, el trabajo clásico de G. RADNITZKY y P. BERNHOLZ, *Economic Imperialism. The Economic Method applied outside the Field of Economics*, New York, Paragon House, 1987.

se puede pretender tener gran éxito en el campo económico cuando se ignora el enorme impacto que tienen sobre éste los factores sociológicos. Y menos aún, con este limitado instrumental analítico-económico, intentar aplicarlo a otros campos¹⁰⁶. Siendo cada vez más fieles y coherentes con las exigencias del propio objeto de estudio, se podrá, así, buscar el campo común de los intereses fundacionales que dan sustento a las diversas disciplinas sociales y esto permitiría una mejor definición de cada una, al tiempo que una más enriquecedora complementariedad interdisciplinaria.

Conclusiones

Hemos visto a lo largo de estas páginas cómo Sen reconoce, a nivel de la práctica y la teoría, que el divorcio existente entre ética y economía produce un impacto negativo para ambas. Esta situación nos enfrenta con el desafío, para enriquecimiento de una y otra disciplina, de superar la brecha existente. Sen considera que esta separación, consolidada sobre todo, en el momento de constituirse la economía como disciplina científica moderna, no representa lo que fue toda la tradición anterior, en particular la de los clásicos. En buena parte, el problema se remonta a una lectura, en opinión de Sen, muy parcializada y errónea de un conocido texto de Adam Smith sobre la conducta de los comerciantes. Una relectura del mismo texto, colocándolo en su contexto original, permite al Nobel indio una reinterpretación de la postura de Smith. Este replanteo de lectura del «padre de la economía moderna» está avalado por estudios críticos contemporáneos de la obra de Adam Smith, que ponen en relieve la importancia que este autor atribuyó a la pluralidad de valores y motivaciones, así como al desarrollo institucional, para el éxito de la economía y la sociedad liberal. Con esta lectura renovada, más la consideración que realiza del doble origen de la disciplina económica, Sen abre un espacio para reconstituir la unidad entre economía y ética, para enriquecimiento de ambas. Ese espacio abierto es el de heterogeneidad de las motivaciones humanas, entre las cuales el propio interés individual –sobreevaluado en la tradición neoclásica de la economía–, es sólo una de ellas.

Por todo lo anterior podemos afirmar que el abordaje de la dimensión ética de la economía lo realiza Sen desde la discusión de una teoría del comportamiento humano conforme al uso que se hace de la misma en la construcción de la disciplina económica. Este tipo de enfoque y esas mismas reflexiones no sólo son de gran valor para propiciar el reencuentro entre ética y economía, sino que además le conducen a una ampliación de los estrechos límites de la economía moderna como disciplina, al introducir la consideración de motivaciones, distintas del propio interés, para explicar el comportamiento de los agentes económicos. Este enfoque le permite subrayar la importancia de la cultura y las instituciones en general, como marco dentro del cual tiene lugar la actividad económica, y sin el cual el funcionamiento de

¹⁰⁶ Cf. Richard SWEDBERG, *op. cit.*, p. 264.

ésta no puede entenderse. La influencia de este marco institucional, moral y cultural en la economía permitirá una contextualización de la teoría económica, de la elaboración de las políticas públicas y de las estrategias de desarrollo en relación con distintas realizaciones nacionales, regionales y en diversos estadios del desarrollo de los distintos países. Lo que comienza, pues, con una preocupación específica por la relación de la ética con la economía conduce, en los análisis de Sen, a plantear nuevos caminos para la economía como disciplina científica, en un sentido que el autor no considera nuevo, sino de gran coherencia con los orígenes de la economía moderna.

Sin embargo, los aportes de Amartya Sen para clarificar la relación entre ética y economía no se reducen a lo expuesto en estas páginas, donde se cubre, solamente, el análisis directo sobre el tema. Existen otros dos enfoques complementarios que permiten profundizarlo. En primer lugar, sus discusiones sobre el concepto de racionalidad económica que elabora con gran detalle sobre la insuficiencia del propio interés como motivación de los agentes económicos. Es la consideración de motivos de índole ética lo que le permite precisamente el enriquecimiento del concepto de racionalidad. En segundo lugar, los trabajos de Sen sobre los temas de elección social, bienestar y desarrollo, que le hicieran particularmente merecedor al Premio Nobel, fueron estructurados en nuestra opinión, gracias a lo que podríamos llamar su «antropología económica», en la cual desempeña un papel importante la dimensión ética. Pero acerca de estos temas, nos referimos en otro lugar¹⁰⁷.

Como comentario final, es preciso establecer una acotación. El enfoque de Amartya Sen, desde el análisis del comportamiento y motivaciones de los agentes económicos, no agota el tema de la relación entre la ética y la economía. Tiene el gran mérito de esclarecer éste, procediendo «desde dentro» de la misma disciplina, lo que, entre otras cosas, podría facilitar el acercamiento y apertura de los economistas profesionales a consideraciones de tipo ético, del que se habrían visto distanciados por la brecha establecida por el positivismo. Sin embargo, por otros caminos, se han venido elaborando también enfoques diferentes que han dado ya o pueden dar origen a otras ramas de la ética económica aplicada, al abordar desde perspectivas distintas la plural problemática ética de la economía. Tal es el caso de la ética de la empresa, la ética del desarrollo y, más recientemente, la ética de las políticas económicas¹⁰⁸. En conjunto, la existencia de esfuerzos tan variados y que, al mismo tiempo, apuntan en una misma dirección, nos parece que revela las múltiples dificultades teóricas y retos prácticos planteados a la ética por la sociedad contemporánea en sus mecanismos de producción, comercio y distribución de bienes y servicios. De su solución, sin embargo, depende la construcción de formas de convivencia con mayor justicia y equidad que las actuales.

¹⁰⁷ Ver Jorge Arturo CHAVES, *Racionalidad, Ética y Bienestar: Estudios de ética de la economía en la perspectiva de Amartya Sen*, Heredia, Costa Rica, Universidad Nacional, 2001.

¹⁰⁸ Ver, por ejemplo, como representativos de estos enfoques: Adela CORTINA, *Ética de la Empresa*, Madrid, Trotta, 1994; Denis GOULET, *Ética del Desarrollo. Guía Teórica y Práctica*, Madrid, IEPALA, 1999; y Jorge Arturo CHAVES, *De la utopía a la política económica...*